

el gas comprimido, habría de reventar por algún intersticio. La clase alta, la clase media y hasta la subclase media chilena están impregnadas de este sentido terco y formalmente puritano de la vida, que implicaba el ocultamiento de toda fealdad física, el rechazo de las insuficiencias sociales y en lo externo, un barómetro de mercurio colgado en la pared, para medir las calmas y tormentas de nuestra atmósfera.

El *Niño de lluvia* de Benjamín Subercaseaux es la resultante de esta atildada concepción de la vida que en su proyección favorable ha determinado la gestación de los clásicos chilenos, capaces de quitarse la vida, antes de afrontar una estafa, con una imagen belicosa del valor heroico, del deber, de la amistad. De estos escombros de formación social provienen los terribles fiscales y auditores chilenos, dispuestos a proyectar luz y a poner atajo a los apetitos y componendas propios de un país de amigos y de compadres, como es el nuestro.

El tutelaje de su "niño de lluvia" por el autor, así como una nodriza que contemplara a su criatura, a una imagen distante y próxima a sí misma que ama mucho, se despeña a veces en la pura lucubración racional, propia del ensayista, pero en otros casos, logra la impresión artística, emocionadamente, con recursos puramente internos. Así pueden calificarse esa estampa de don Ruperto, un cura santo del barrio Recoleta y la escena maestra en que el niño va con su abuelo, altivo señor chileno, a comprar una bicicleta a la tienda Gath y Chavez y no le aceptan al abuelo un cheque, diciéndole que desconocen su firma. Algo tan monstruoso que acarrea en seguida las explicaciones del gerente de la casa comercial. Asimismo son muy vivos los retratos de la abuela paterna, con su acento inglés, modelado en la finura, en la piedad y también en el olvido desdeñoso y el de la tía romántica, lectora solitaria e infatigable de Alfred de Musset.

En resumen, *Niño de lluvia* es un libro que permite conocer mejor a Benjamín Subercaseaux, sentirlo actuar en la posibilidad de un registro más amplio, sin énfasis ni excentricidades polémicas, en la bondad humana más simple, siempre en busca de la armonía y la belleza. Un libro en que el autor y su personaje resultan como espectadores de repente fríos y monstruosos, del acompasado y avasallador curso de la existencia.

*Ulises.*

<https://doi.org/10.29393/At398-124VALG10124>

*La vida adulta*, novela de LUIS MERINO REYES.  
Nascimento

En esta obra nos encontramos con un tema de gran auge y actualidad. Nos referimos a la etapa psicológica del hombre pasados los cuarenta o cincuenta años de edad. Hasta aquí la preocupación ha estado centrada en la infancia y en la adolescencia. Trascendentales, sin duda. Pero ¿qué sabemos de ese ser que ha traspasado estas dos etapas, sin darse cuenta, atareado en

criar hijos y forjarse un mediano pasar económico? ¿Qué sabemos de sus frustraciones, de sus proyectos soterrados por esta sorda y anónima lucha?

El avance de la Medicina, la popularización de los antibióticos, la aplicación de la higiene en las viviendas y en los grandes centros poblados han hecho posible una prolongación de la vida hasta límites no conocidos por otras generaciones. De pronto, este hombre o esta mujer descubren que están libres de aquellas faenas y que su cuerpo y su mente están intactos. Pero también comprenden que los mejores años han pasado y la cuota vital se hace cada vez menor. Entonces se angustian y quieren recuperar con premura las experiencias no vividas. Las pasiones, largo tiempo contenidas, afloran con violencia y los instintos se despiertan y reverdecen. Es una etapa dramática, enternecedora por su amoralidad tardía.

Luis Merino Reyes aborda en su novela estas inquietudes del hombre. Ya lo ha hecho en sus otras creaciones: *Regazo amargo*, *Ultima llama* y en los cuentos publicados anteriormente. Allí encontramos extraños protagonistas, que es la característica de este autor. Atormentados, tímidos, crueles, irresponsables, inestables. Estos seres angustiados, descosidos de vivir, de llenar la existencia con goces efímeros hacen del novelista un cultor del existencialismo.

Dejemos de lado estas consideraciones sobre la temática y analicemos los personajes de más relieve de la obra.

El protagonista es EUGENIO al que pocas veces llama por su nombre, sino por el genérico de EL HOMBRE, como queriendo incluir a todos los varones adultos. Es, en realidad, el único, el héroe indiscutido, sin rivales. Es más fácil alejar a éstos en la novela que en la vida...

Son las mujeres las que destacan con nitidez propia "robándose" la novela con sus morbosas idiosincrasias. A EUGENIO sólo le interesan como motivos para el posible placer que pueden proporcionarle con sus cuerpos sensuales y sus desconocidos hábitos de goce. EL HOMBRE busca únicamente la satisfacción de la posesión. Después, las olvida y las relega en el almacén de las experiencias vividas. Es un Don Juan contemporáneo, sin espiritualidad, presuroso y desalado. Todas ellas, a su vez, forman lo que podría denominarse LA MUJER dentro de la retorcida psicología de EUGENIO.

Entre estas mujeres destacan: Adriana, Adela, Eloísa, Constanza y la Madre, que es como la antítesis de todas ellas.

Adriana, la esposa, se demuestra indiferente a las cambiantes reacciones de su marido. Lo perdona y lo desprecia, a pesar de amarlo como a un hijo truhán. EUGENIO siempre vuelve a ella, después de sus turismos eróticos, como un hijo pródigo. Junto a ella y a su maternal consuelo, recupérase de las heridas y desalientos que las amantes le ocasionan con sus desdenes e inconstancias.

Cuando ya se ha curado y vuelven las ansias a su cuerpo y a su espíritu, busca de nuevo la aventura. La encuentra en Adela, amoral como EL HOMBRE y que busca su propio goce, en ese momento, encarnado en EUGENIO. A él no le importan en absoluto la vida secreta de ella, sus sufrimientos disi-

mulados ni sus problemas conyugales, sociales o económicos. "Nadie puede dar más de lo que tiene. Y esta mujer afronta complicados problemas en su casa, con su marido, con sus hijos, para que yo le imponga una obligación. Somos dos *náufragos* que nos necesitamos en el goce, con el afán de acortar la vida, pero jamás en la abnegación doméstica".

*Eloísa*, una mujer que conoce en un viaje a Buenos Aires, "pretendía encuadrarlo en una hermética disciplina en cuyo ajetreo EL HOMBRE dejaba de ser galán y se convertía en dócil amanuense". Pero él no se le somete, lo que lo diferencia de muchos enamorados que caen como peces en el anzuelo. Él siempre les rehuye los compromisos que no sean el goce en todas sus formas heterosexuales. Pero esta Eloísa es más bien de un temperamento dominante, masculino, que Eugenio analiza con claridad: "Evocada, por ejemplo, la tarde despejada y tibia en que la reprendió por su atolondramiento, por su vehemencia apasionada que ella calificó de torpeza adulta, advirtiéndole su entusiasmo por el amor moroso, prosternado, sin prisa, como debían amarse los seres maduros, sin ansias ya de devorarse entre sí".

*Constanza* es otra ave de viaje que lo acompaña a Estados Unidos. Es ésta una chilena de vida muy historiada, inestable, infiel, desleal, egoísta, explotadora: "No me acostumbro a salir con un hombre sin que él pague todo". Constanza tenía un leve parecido con su madre, recién muerta antes de salir de Chile. También lo deja, aunque EL HOMBRE cree que fue él.

En fin, la novela es una sucesión de mujeres y de lugares. Dijérase que cada amante le evoca un país o cada lugar es recordado por tales características sensuales de una amante. *La vida adulta* está constituida por el estudio de distintas aventuras amorosas, engarzadas, no fundidas en un todo unitario. Son estampas de lugares vistos a través de las enaguas nylon de sus ocasionales amantes. Hasta el ambiente de las ciudades lo ve con color femenino. "Las mujeres de Río de Janeiro, dice, iban acompasadas por las aceras, la pierna alta, el tacón grácil, les daban un perfil de golosas aves marinas. Ya había anochecido, pero frente a la luz de las vitrinas brillaba la risa de los negros, se movían muchachas vestidas de rojo, celeste y grana, los hombres lentos y felinos iban junto a ellas; adelante, muñeca movediza, un crío". No le interesa el paisaje urbano, ni las bellezas turísticas. Está siempre atento al detalle sensual de las mujeres. No hay una gota de ternura, de pasión, de ensueño. Todo es gozo, vibración epidérmica. Dijérase que EL HOMBRE hubiese agotado todo su sexo, amoroso en el profundo y acendrado afecto por su madre.

¿Es ésta una novela en el tradicional sentido de tal género? Pero, por otra parte, ¿qué es una novela? Lo único que podemos decir es que una narración es un trozo de vida, presentado de acuerdo con el tema o el sentido que el autor tenga de ella. En *La vida adulta* hay vida realizándose, turbulenta, morbosa. Hay también una gran sinceridad para narrar a base de propias experiencias y una gran valentía para afrontar el medio pacato, que considera la novela inmoral. He aquí otra pregunta que debemos hacernos: ¿Una obra de arte es moral o inmoral?

---

Cierto es que la novela deja un regusto amargo, contagia su angustia por vivir precipitadamente y se llega a la conclusión de que la vida es breve y hay que paladearla con ansias.

Mas no podemos negar que la novela está bien escrita, con oficio de escritor foguado. No puede pasársele por alto. Es una obra interesante, un enfoque distinto del deambular del hombre sobre la tierra. Acaso pueda tachársela que fue escrita con la precipitación con que se vivió.

*Leoncio Guerrero.*